

recordar su antigua pobreza. Tenia carrozas, numerosos criados con librea, y entre sus criados se distinguía un alférez retirado, cuyo único empleo era tenerle los pinceles y acompañarle en el coche, advirtiéndole ademas de las horas que pasaban. *El Españolito* cuando se ponía á trabajar se apasionaba de tal manera delante del lienzo que no sabía las horas que iban pasadas. Se habia impuesto por regla el trabajar tres horas por la mañana y dos despues de comer, y aquel oficial retirado tenia por único cargo el entrar y decirle:

—Señor caballero Rivera, basta de trabajo: el coche está listo.

A la voz del oficial dejaba Rivera sus pinceles, y muchas veces encontraba colocados alrededor de su caballete

á grandes y opulentos señores de Nápoles, que en silencio, sin que él los hubiese visto (tan embebido se hallaba en su trabajo), aguardaban á que soltase sus pinceles para recibir uno de sus saludos.

Afectaba cierta severidad y dignidad en el trato de sus inferiores, al mismo tiempo que una gran familiaridad con los vireyes de Nápoles.

Leonora Cortese, muger de singular belleza, á la que debió el principio de su espléndida fortuna con la rica dote que le trajo en matrimonio, le hizo padre de muchos hijos. Era de igual gusto y aficionada como Rivera al fausto y al lujo, y así su casa era el punto de reunion de las principales personas de Nápoles á quienes festejaba y obsequiaba con la esplendidez de una reina.



José Rivera. (El Españolito.)

A pesar de las frecuentes funciones que daba en su casa, y que se prolongaban hasta muy cerca del amanecer, jamás dejaba Rivera de emplear las primeras horas de la noche en dibujar lo que debía pintar al día siguiente, estudiando ya á la pluma, ya al lápiz, ya á la tinta de china, las figuras que debía con mano firme estampar despues sobre el lienzo. Pintaba con mas gusto que cualquier otro asunto los ancianos, complaciéndose en arrebatár á la naturaleza todos sus secretos. Tenia por lo tanto una coleccion de modelos de viejos, secos, decrepitos, tales como se ven en sus San Gerónimos, asunto que le gustaba mucho reproducir.

Así vemos que pinta al santo solitario de Belen unas veces meditando sobre la Biblia en una caverna; otras veces escribiendo sus admirables obras, é interrumpido por el agudo sonido de la trompeta del Juicio final que hace es-

tremecer sus áridas y secas carnes; otras veces con una piedra en sus flacas manos golpeándose el pecho.

Parecia que todo debía sonreír en la existencia del afortunado artista, que habia sabido reunir la opulencia á la gloria y celebridad en las artes; pero le estaban reservadas terribles amarguras que habian de herir su corazon y hacerle infeliz en medio del lujo, de la consideracion, y de la riqueza. En 1747 estalló en Nápoles una revolucion. A la voz de un pescador, Masaniello, el pueblo irritado con el yugo de los españoles se levantó furioso; sitió en su palacio al duque de Arcos, y le obligó á reconocer por gobernador al *lazzaroni* heróico que lo habia acaudillado, y á quien el pueblo en la embriaguez de su triunfo decretó el título de rey. Con la misma volubilidad que lo habia alzado al poder supremo lo derribó á los pocos dias, y á aquel pueblo frenético y entusiasta de la libertad, se entregó á

crímenes tales, que Nápoles todo, volvió á recibir como libertadores á los españoles. Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, fué el enviado por su padre para aplacar la sedición y restablecer el gobierno del monarca español en sus dominios de Nápoles.

Don Juan de Austria entró cual triunfador en la hermosa Nápoles. Su afabilidad le ganó todos los corazones, fatigados ya de tantos escesos populares. Quiso el nuevo virey conocer á todos los altos personajes de la capital: Rivera era uno de ellos. Rivera se presentó al virey don Juan de Austria, que lo recibió con la consideración que merecía la posición que le daba su gran fortuna, sus muchas relaciones en el reino de Nápoles, y sobre todo la fama inmensa y la celebridad de sus obras,

El génio fastuoso de Rivera quiso brillar invitando á don Juan de Austria á un espléndido festín. A él concurrió el virey con los mas principales señores de la corte. Leonor, la esposa de Rivera, y sus bellas hijas, hicieron los honores de aquella espléndida fiesta con toda la soltura y la elegancia de unas personas habituadas á vivir en una corte tan opulenta y culta como la de Nápoles. Deslumbrador fué el festín que dió Rivera al hijo de Felipe IV, empero nada brillaba tanto entre el lujo que desplegó en aquella ocasión como la hermosura de las hijas del célebre artista. Una de ellas, María Rosa, era una de las bellezas mas raras, y fijó en el momento las miradas del joven virey. Fascinado con la gracia, con la dulzura de aquella linda joven, y deseando honrar al artista que en su obsequio daba aquella función, la invitó á bailar. Con envidia vieron todos los cortesanos y las damas mas poderosas de Nápoles las distinciones que el virey prodigaba á su linda pareja. Durante el baile deslizó en los oídos de aquella incauta joven palabras de amor; y la elegancia de la persona del virey, el inmenso prestigio que rodeaba al hijo del monarca mas poderoso de la tierra, como lo era en aquella época Felipe IV, el rey de las Españas, la sedujeron fácilmente.

Grabada profundamente la imagen de María Rosa en el corazón de don Juan de Austria, y habituado aquel príncipe á que ante él cediesen todas las voluntades, trató de llevar adelante la conquista de la hija de Rivera. Prodigó sus atenciones al padre, y para mas honrarle y favorecer así los medios de seducción que meditaba contra la hija, venia muchas veces al taller del pintor, ora para verle pintar, ora para hacerse retratar en diversas actitudes sirviéndole de modelo. En estas visitas procuraba inspirarle confianza, y al mismo tiempo eran otros tantos pretextos para hablar con María Rosa, que no pudo menos de ceder á sus seducciones, y amarle con todo su corazón. Ya un día al volver de su paseo el célebre artista, encontró que habia desaparecido la hija á quien tanto amaba. En breve adquirió la certidumbre de que le habia sido robada por el poderoso virey. En vano intentó buscarla por todas partes; no supo su paradero; era impotente el opulento artista, el altivo é independiente Rivera para poder vengarse del que tan grande agravio le habia hecho, del que le habia robado la alegría y la felicidad de su casa. El poder del virey era absoluto; nada podia contra él. Aquel hombre tan altivo, que humillaba con su lujo, con su presencia y audaz mirada á todos los nobles de Nápoles, se cubrió de rubor ante la afrenta que habia recibido, y de que no podia vengarse; no volvió á

presentarse en las calles de Nápoles; compró una casa de campo sobre las riberas del Pausilipo, y allí se abandonó á los sombríos pensamientos que lo agitaban. Cuentan que no pudiendo tolerar el oprobio de que habian cubierto su frente, llorando su ofensa y la ingratitud de su hija, cansado de vivir salió un día de su casa fingiendo ser llamado á Nápoles, y no volvió á parecer. Cean Bermudez, el historiador de nuestros pintores, rechaza esta idea del suicidio, tal vez mas por respeto á la fama del eminente artista, que por ser cierta, diciendo simplemente que murió en Nápoles en 1656. Terrible fué la muerte del Españolito: ni las riquezas, ni la celebridad pudieron libertarle de sucumbir bajo la aguda mano del pesar. Su gloria ha sobrevivido habiendo dejado muchos discípulos continuadores de su pintura exagerada, enérgica y fuerte.

La desgracia de Rivera ha dado ocasión al ingenio de muchos poetas para sus composiciones, y aun no hace muchos años que hemos visto representar en nuestros teatros el terrible drama de *La Hija del Españolito*, cuyo asunto no es otro que los amores de la hija del célebre artista con el virey de Nápoles don Juan de Austria, y su rapto; asunto muy propio para la novela, pero que á nosotros, escritores de una biografía, no nos era dado mas que ligeramente indicar.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

BOURGUIGNON EN EGIPTO.

(Continuacion.)

II.

LA MARQUESA DE SAN NICIER.

El día siguiente á la misma hora, y en el mismo kiosko del Nilo, nuestros cuatro personajes reunidos se conocían ya todos por sus verdaderos nombres.

Las fatalidades de aquella época esplican perfectamente estos encuentros, que parecerían fabulosos hoy. El conde Huberto de Orsain emigró en 1793, con su hija la marquesa de San Nicier, á quien el cadalso habia hecho viuda, su sobrino Andrés Orsain, agregado en tiempo de la monarquía á las chancillerías orientales, y muy versado en las lenguas y los usos de aquellos países, habitaban en el Cairo y en Boulac desde 1794, y vivían en el mas absoluto retiro á favor de su disfraz, y bajo la hábil dirección de Andrés Orsain.

Nuestros tres emigrados vieron con alegría la llegada del ejército francés á Egipto; sabían bien que encontrarían al menos un amigo en aquella Francia viagera, donde tantas virtudes y tanto honor se habian refugiado huyendo de los verdugos. Llenos de esta idea la condesa viuda y su sobrino siguieron á los soldados franceses en las calles, en las plazas y en las mezquitas del Cairo para descubrir por ciertos indicios ofrecidos por el azar un compatriota, un amigo que fuese para ellos el mensajero y el representante de su lejana patria.

Era preciso sin duda usar de las mayores precauciones

y de la mas esquisita prudencia en aquella emigracion, y no estraviar por una confianza y una expansion temerarias la direccion de sus proyectos, confiándolos á un traidor ó á un delator. El húsar Bourguignon, que con tanto talento se burlaba de la órden del día delante de la columna de la mezquita de Amrou, y cuyo rostro espresaba tanta franqueza, se reveló por sí mismo como el mensajero fiel que podía hablar un poco de aquella querida Francia á los desgraciados emigrados. La cosa se condujo hábilmente, y el resultado correspondió á todas las esperanzas que se habian concebido. Aquel húsar, aquel Bourguignon, era tambien un emigrado con uniforme republicano, el conde Máximo de Aubiers.

Así á la primer noche que fué al kiosko no hay que admirarse de ver al húsar trasformado en caballero, y elevándose desde las bromas y chanzas propias del vivac al language culto de los salones de Versailles.

Los emigrados en todos tiempos han tenido una idea fija y muy natural: contar por minutos las horas de destierro y tiranía, y adivinar á fuerza de conjeturas cuál será la hora de la vuelta. Acababa de recaer la conversacion sobre este objeto de circunstancias entre la jóven y linda viuda y el conde Máximo, soldado de necesidad. Los otros dos emigrados se ocupaban en la casa preparando unos sorbetes con que querian sorprender al húsar gentil-hombre, antes de que sonase la charanga de la retreta de Berchigny.

El conde Máximo se hallaba admirado de la alegría, del talento, de la suprema gracia de la marquesa, y como se vivia en una época en que la víspera tenia un día siguiente mas dudoso que nunca, se habia apresurado á hacer una confianza que hubiese dilatado mucho mas tiempo que en cualquiera otra ocasion. Solamente queria aprovecharse de una feliz transicion para explicarse.

—Señora, decia en la entrevista íntima del kiosko: si deseais saber mi opinion sobre el porvenir reservado á nuestros compatriotas que se hallan en tierra estrangera, os la voy á decir francamente: creo que el general Bonaparte no tiene el menor deseo de volver á Francia: hay bastantes abogados en el *Directorio* y muy pocos hombres: nuestro general continúa á Alejandro el Macedonio, sueña con la conquista de la India y quiere conseguirla antes que los ingleses: la Francia se llamará Bengala, y París Calcuta. Es bonito el sueño, ¿qué os parece, señora marquesa?

—Mas me gustan los jardines de Versailles y la fuente de Diana: esto es mas grande que la India.

—Si, señora pero os es mas fácil hoy el ir á Ceilan que á Trianon; y si esto continúa os será mas permitido ver correr el Ganges en los terrenos de Calcuta, que el Sena y los asientos de los jardines de Versailles.

—Pues bien, iremos á Calcuta, dijo la marquesa.

—¿Me permitiréis, señora, que os acompañe?

—¿Conoceis la ópera del *Desertor*, ciudadano húsar?

—Si, señora: esa ópera y ese título no me asustan. ¿Sabéis lo que sucede en el desenlace?

—Que fusilan al desertor, dijo la marquesa.

—¡Ah, señora! veo que tengo que corregir un error de vuestra memoria. No fusilan al desertor.

—Si, teneis razon, porque *el rey pasaba y perdonaba*. El rey no pasa hoy.

—Pero señora, tengo el honor de deciros que la ópera *El Desertor* ha sufrido un cambio de palabras en el teatro;

han conservado la música, y en lugar del *rey pasaba* se pone ahora *la comision del poder ejecutivo pasaba*. Pues bien: si soy cogido como desertor cantarán: *el general en jefe Bonaparte pasaba*, y no me fusilarán.

—¿Y dejaríais sin pesar el servicio?

—Si, señora: siempre se deja con placer lo que se toma con pena. No seria eso si tomase una muger.

—¡Ah! ¿Luego pensais en casaros, señor conde?

—Ese es el deber hoy de todos los buenos... ciudadanos.

—Señor conde, no andemos rebuscando las espresiones, nadie nos escucha, aquí no hay espías en el ejército francés, y el Directorio está á muchas leguas de aquí.

—Entonces diré que el matrimonio es el deber de los buenos realistas.

—Enhorabuena, señor conde, vuestra frase es mas justa ahora.

—El terror ha hecho muchas viudas y huérfanos, señora.

—¡Ay! Si, señor conde, y han caido en el cadalso las mas nobles cabezas... Pero no hablemos de esas cosas tristes.... ¿Me permitiríais ser indiscreta?

—Señora, sabéis que mi divisa es no mandar nunca... Se me conceden permisos, jamás los doy; sois, pues, perfectamente libre de ser indiscreta.

—Con vuestros proyectos de matrimonio, replió la marquesa sonriéndose, sospecho que quereis tramar un rapto de Elena, ó de alguna Dilara de Samarcanda, ó de alguna Alina de Golconda, porque no hay una francesa en este pais.

—Con una que hubiese bastaria; ¿no es verdad, señora?

—Si, señor, aunque la poligamia esté permitida en Oriente; sois demasiado buen cristiano para serviros de este privilegio local.

—Y francés demasiado galante, querreis decir probablemente, señora.

—Me contento con el deber impuesto por la religion para explicar vuestro error en punto á la poligamia. La galantería francesa amenaza ruina con el trato de los turcos. Si el Directorio hubiese tenido sentido comun jamás hubiera enviado un ejército francés al pais de los harenes. Es lo bastante para pervertir á todo un regimiento de húsares.

—Perdonadme, señora, me parece que nos salimos de la cuestion...

—Caballero, jamás se habla sino para alejarse de las cuestiones... No escribimos un libro de lógica en este momento.

—¿Me permitiréis, señora, llamaros al punto de que tratamos?

—Completamente lo he olvidado, señor conde: se pierde una muchas veces en el desierto.

—Teneis un guia, señora, no temais nada; vamos á encontrar nuestro camino... Se trataba de la posibilidad de encontrar una sola muger en el desierto.

—Eso es encontrar la esfinge viva! le interrumpió la marquesa.

—¿Quereis apostar á que la encuentro, señora?

—¡Oh, no! dijo la marquesa riendo: no quiero poner vuestros ojos en semejante riesgo. ¿Sabéis lo que ha sucedido á Edipo? Se quedó ciego: ganó la oftalmía del desierto buscando la esfinge.

—En nombre del cielo, señora, dijo el conde con viveza: permitidme llegar á mi objeto. Poseeis un espíritu diabólico

para apartarme de él. Pensad, señora, que la charanga de la retreta va á sonar...

—¿Y qué? interrumpió la jóven; mañana nos pondremos á buscar la esfinge viva.

—¡Mañana, señora! Yo conozco la órden del día que se fijará mañana en las paredes de *El Esbekieh*. ¿No he oído ya hablar vagamente de una campaña en Siria, ó en el Alto Egipto, persiguiendo á Murat Bey? Mi regimiento es uno de los designados para esto. He acompañado al general Desaix á Denderabo, á Tebas, á las cataratas, á los montes de la Luna, ¿qué sé yo á qué mas partes? Nuestros sabios se han

empeñado en descubrir el origen del Nilo: no existe: razon de mas para descubrirlo. Iremos dando escolta á los ciudadanos sabios. Ya veis, señora, que no tengo tiempo que perder, y que es preciso que obtenga antes de mañana una promesa de matrimonio...

—¿De la esfinge, señor conde?

—De vos, señora.

Hizo un movimiento la marquesa, y se estinguió de repente su alegría. Cambió de tono, y dijo con una gravedad desoladora:

—Señor conde, veía desde lejos á donde ibais á parar, y



Aldea en el camino de Cairo á Baulacq.

la estraña proposicion que ibais á hacerme, y queria evitaros una negativa... Hablemos de otra cosa.

El conde Máximo se levantó, y dijo con una voz llena de emocion:

—Adios, señora, permitidme no volveros á ver mas, y arrepentirme de haberos visto. Un soldado se consuela fácilmente en nuestra época; todos los dias hay una batalla, y no seré siempre desgraciado; el momento de felicidad llega, se encuentra una bala en el camino, y esta es la caricia que al destino le debe uno.

Saludó respetuosamente y dió dos pasos para salir. Un imperioso gesto le detuvo.

—A la verdad, señor conde, dijo la marquesa con una voz trémula, que no sois razonable. Apenas nos conocemos y ya aventurais una petition de matrimonio sin el menor preámbulo... Si, si..... reconozco que no vivimos en una sociedad regular, ni en un estado normal; que no estamos en Versalles, sino en el Cairo, y que nos es permitido trastornar los usos privados en medio del trastorno general... Pero por último, señor conde, si yo no fuese libre aun en mi posicion de viuda, si me fuese prohibido disponer de mí, el estar en Versalles ó en el Cairo, el que hubiese monarquía ó revolucion, no tendria nada que ver con esto; deberia rehusaros mi mano en las orillas del Nilo como

en las orillas del Sena, en Boulac como en París. ¿Habeis pensado en esta ligera objeccion, señor conde?

—Esa objeccion, dijo Máximo, con voz apagada, la respeto como todo lo que agrava una desesperacion.

—¿De veras, señor conde? Aguardaba mas de vuestro talento.

—Señora, mi corazon es el que habla en este momento.

—Entonces, caballero, es el mio el que le responde.

—Con una negativa no motivada. Es muy cruel, señora: se ve que estamos en país enemigo.

—Pues bien, señor conde; voy á motivar mi negativa...

—Escucho con el corazon, señora... hablad.

La marquesa hizo un gesto que mandaba el silencio, y dijo en voz baja:



Calle y camino de Abbassied al Cairo.

—Aquí está mi padre... Hablemos de otra cosa... Yo siempre estoy alegre delante de él... Es preciso cambiar de tono...

El conde Máximo se recostó sobre el divan con cierta indiferencia, y exclamó con tono chancero:

—¿Cuál es el camino mas corto para ir á las pirámides?

—Todos los caminos son largos en el desierto, señor con-

de... Pero mi querido padre os instruirá mejor que yo de esto.

Entraba el conde con una bandeja cargada de golosinas orientales, y parecía muy satisfecho de lo bien que le habian salido sus sorbetes. Su hija le trasmitió la pregunta del joven húsar.

—El camino mas corto, dijo el padre reflexionando un

poco... para ver to las las pirámides que deben verse... Hay catorce cerca de Sakkarah... Vais, pues, á Sakkarah... se puede tomar el camino de Abbassied... Sí... á fé mia... Yo no soy muy fuerte en la geografía de estos puntos... Aguardad, pasais por Abussir... Sí... Pero hay otra cosa mas sencilla que hacer, señor conde: tomáis un burrero en Boulaee, un guia de profesion, y haceis con él este camino con los ojos cerrados.

—Por ahí debíais haber empezado, mi querido padre, dijo la marquesa soltando una gran carcajada... Señor conde, tomad un burrero.

—¿No hay caballos?... ¿No tendrá un caballo el burrero? preguntó Máximo.

—¿Seria burrero el que tuviese un caballo? Dijo la jóven continuando en su acceso de alegría.

—Es verdad, continuó sencillamente el húsar.

—Si haceis una expedicion mañana, replicó el padre, vais á tener un día muy caloroso. El sol al ponerse tenia una faja de fuego.

—Me es igual, dijo el jóven.

—¿Pero contais subir á las pirámides? repuso el viejo emigrado.

—Sin duda, tengo un nombre que grabar sobre la cúspide.

—Al tierno recuerdo del pais, dijo el padre con una maligna sonrisa.

—Un nombre que quisiera grabar mas alto, repuso el conde con lentitud; pero es preciso contentarse con la página que uno tiene á mano cuando quiere escribir su testamento en vispera de una batalla.

Miró el padre fijamente al húsar, y reflexionó para adivinar el sentido de aquella frase: continuó hablando, y al mismo tiempo hacia los honores á los sorbetes.

La charanga de Berchigny vino muy apropósito á auxiliar al húsar, que se moria de impaciencia esperando el misterioso motivo de su negativa. Levantóse vivamente, y ofreciendo con perfecta gracia su brazo á la jóven viuda, le dijo:

—¿Tendré el honor de que me acompañeis hasta vuestra puerta? Necesito un guia en la oscuridad de este jardin, y estoy ya en retraso para poder volver al cuartel.

Estrechó las manos de los dos hombres, y salió del kiosko con una precipitacion muy natural de explicar.

El conde Huberto y su sobrino continuaron su relacion.

—¿Cuál es el motivo de la negativa? dijo el húsar al oido á la marquesa con el tono mas vivo de interrogacion.

—¡Dios mio! ¿Qué es lo que me preguntais? dijo la jóven. Hace sombra debajo de estos viejos sicomoros, y tengo miedo... Aguardemos al dia... Aguardemos á mañana...

—Señora, no hay mañana para un soldado.

—Pero lo hay para el matrimonio, dijo la marquesa, y este mañana es con frecuencia un pesar. *Mañana* es una palabra que una muger debería tener siempre sobre los labios cuando se le presenta un novio... Mañana será la palabra de toda mi vida: permaneceré sin cesar en el hoy.

—Señora, replicó el jóven conde, creo comprender mejor los deberes del momento. La nobleza ha cometido faltas antes del 89: es preciso que dé el buen ejemplo despues del 93: es un desquite de honor. El cadalso y la guerra han despoblado la Francia: antes del 89 el celibato era un vicio permitido; despues del 93 es un crimen prohibido. Quiero casarme.

—Pues bien, dijo la marquesa con una sonrisa, nada es mas fácil: cristianas hay por todas partes. En oriente la eligion es la mas alta nobleza. Hay en el Líbano mugeres drusas que descienden de los compañeros de San Luis. No encontrareis allí un matrimonio desproporcionado.

—¿Y es ese, señora, dijo el jóven, el motivo de la negativa que me habeis prometido explicar?

Habian llegado á la puerta del jardin, y en un claro donde daban los rayos de las primeras estrellas de la noche, la hermosa viuda miró al cielo, suspiró, y dijo:

—Ahora tengo mas ánimo: las santas estrellas me dan fuerza para hablar... Señor conde, á diez y seis años estaba viuda... hace seis años ya... Pues bien, á pesar de mi falsa alegría, de mi aparente buen humor, soy aun mas viuda que ayer. La sangre del cadalso corre todavia sobre mí como una corona de novia: el grito de muerte de mi marido resuena todavia en mis oidos, y se mezcla al ruido de las ruedas de la carreta del verdugo. No me juzgueis sobre la vida de mis dias pasados al sol; no conoceríais á la muger. Todas las noches tengo un sueño horrible, que acabará por encanecer mis pobres cabellos antes de tiempo... Yo le veo... le veo...: yo veo aquel noble realista, pálido, cual un espectro, con su rojo sudario adelantarse hasta mí, y dejando caer entre mis manos su cabeza me mira con ojos centelleantes. ¡Oh! ¿Está mi negativa motivada, señor conde?

El noble húsar que no habia temblado en veinte batallas, se afirmó sobre sus pies como hace el quinto al primer silbido de las balas el dia de su bautismo de fuego.

Avergonzado de aquel momento de debilidad cogió las manos de la jóven, las estrechó respetuosamente, y con una voz apenas inteligible la dijo:

—Yo tengo el mismo sueño... veo tambien la sangre de mi padre... le veo siempre á mis pies... trato de olvidarlo, señora...

—Y yo, caballero, interrumpió la marquesa, no trato de olvidarlo: quiero vivir con ello.

—Y bien, señora, replicó el conde conmovido hasta las lágrimas: confundamos nuestros dos recuerdos y nuestros sueños de sangre: seremos mas fuertes asi, aun sin olvidar.

—Imposible, señor conde: tengo el egoismo del sufrimiento, y no quiero dividirlo con nadie.

Hizo un ligero movimiento con la cabeza, y desapareció en la negra sombra de los árboles inmediatos.

El húsar permaneció algun tiempo inmóvil en la puerta del jardin, y se alejó de allí lentamente, cual si la charanga de la retreta no hubiese sonado en lontananza.

(Se continuará.)

ELOGIO DE LA PEREZA.

Considerada en todas sus relaciones

CON EL BIENESTAR DE LA SOCIEDAD.

Todos los escritores esponen con fementida modestia sus argumentos; y dirigiendo al público protestas, aparen-

temente humildes, anuncian con aire de misterio y novedad cosas ya conocidas. El velo de hipocresía con que se encubren esos hombres puede ser comparado al manto de Diógenes, cuyos agujeros, como decía Platon, dejaban entrever por do quiera un grande orgullo. Yo, que tengo sobre todo en mucho aprecio la sinceridad, no vacilo en manifestar á los lectores que vivo en la íntima persuasión de que hoy la Providencia me destina á señalar á los habitantes de uno y otro hemisferio la verdadera senda, que pueda conducirles á la felicidad suprema, demostrando que la primera de todas las virtudes es la *Pereza*, digna de merecidos elogios por los beneficios que prodiga á la humanidad, inspirando paz, descanso, reposo, y que todas las desgracias, que han abrumado, ó abrumen á los infortunados mortales, son la consecuencia funesta de las palabras terribles: *actividad é industria*, aplicadas á la agricultura, á las artes, al comercio; y de las palabras: *progreso y perfección*, tan repetidas en los círculos políticos.

¿Cuánto se ha abusado de la tolerancia y credulidad de los hombres! El cantor de la ira de Aquiles, el ciego Homero, describió con pomposos elogios la guerra de las ranas; Virgilio convirtió en héroe al tábano; otros escribieron la perrología ó luchas encarnizadas de los perros; Villaviciosa empleó largos desvelos en describir el furor bélico de las moscas; otros celebraron á los gorriones; Lope de Vega escribió la gatomaquia; otros hicieron el elogio del asno; un hombre intolerante y mozalvete iracundo, viendo que una noche se introdujo con franqueza en el aposento de su desposada un murciélago pacífico é inocente, le apostrofó llamándole alevoso y atrevido; el doctor Akerlio escribió el elogio de las pelucas, diciéndonos en tono tan magistral como ridículo, que las emperatrices romanas, y principalmente Mesalina, se echaban polvos de oro en sus perfumadas cabelleras; el ilustre Erasmo, esa lumbrera de la época del renacimiento, tuvo la desfachatez de escribir el elogio de la locura; un inglés, el de los hombres gordos; un autoreillo, que se habia cansado de estar sano, escribió el elogio de la fiebre; y Plutarco en sus vidas paralelas prodigó encomios á todos los pícaros de Grecia y Roma.

Este cúmulo de elogios y papeluchos indecentes ¿no es un insulto al buen sentido? ¿Qué utilidad puede sacarse de ellos? En género de elogios tan solo uno conozco digno del autor que lo escribió, y muy útil para la sociedad; es el elogio de los *gabinetes reservados*, produccion peregrina del inmortal Swift, que despues de haber propuesto sobre el particular al parlamento inglés reformas muy acertadas, y que tienen algo de filosófico, exige que un bill sancione, autorice y ordene que los tabiques de todos los *gabinetes reservados* de Lóndres para el servicio público, estén contruidos con tan poca elevacion, que los concurrentes, puestos cómodamente en sus sillas, puedan hablarse cara á cara, y tambien discutir los asuntos políticos de mayor trascendencia para la Gran Bretaña, como seria hoy la guerra de las Indias y la independencia de Italia.

Pero, habiéndome propuesto escribir el elogio de la *Pereza*, á fin de aniquilar la preocupacion dominante de que es muy dañosa á la humana felicidad, permítaseme que comience con una introduccion filosófica, digna de los sábios á quienes me dirijo, y honrosa para mí, autor de tamaño descubrimiento.

El hombre con la fuerza de su inteligencia reconcentra en sí mismo todo el mundo físico y moral, y se constituye punto de partida en todas las invenciones mas asombrosas y en la esposicion de verdades nuevas, que se han quedado ocultas á las generaciones pasadas; pero coopera en esto casi siempre cierta combinacion fortuita de circunstancias, que exaltan nuestras facultades intelectuales en términos de que llegamos á penetrar algunos secretos de la naturaleza, ó á describir los medios muy eficaces de realizar ideas abstractas, amoldándolas á las necesidades y al bienestar del hombre. Una manzana que se desprende de las ramas de un árbol y cae á los pies de Newton, le hace concebir la primera idea de la gravitacion universal del sistema del mundo. El movimiento siempre uniforme en la oscilacion de los cuerpos, observado casualmente por Galileo, le sugiere la primera idea de la péndola para medir con exactitud el tiempo, y así se descubre una de las grandes leyes físicas. Arquímedes, meditando en el baño, encuentra la solucion de un nuevo problema, y llega á conocer la cantidad de cobre que un platero habia mezclado en la corona de oro presentada al rey Hieron; y hoy, aunque son muy cortos mis alcances, tengo la gloria de poder ocupar un puesto muy preferente entre estos tres varones ilustres, y otros muchos, por haber hecho el gran descubrimiento de que la *Pereza* no es un vicio, ni un pecado capital, como dijo con demasiada vulgaridad Eugenio Sue, sino la suprema de las virtudes: este descubrimiento lo debo á una vision que se me apareció estando entregado al sueño.

En las noches de invierno descansamos regaladamente cuando ricas y pesadas colchas restauran nuestros miembros ateridos del frio, que durante el dia nos ha atormentado. Entonces nuestros espíritus animales cobran cierto vigor que da alas á la fantasía, creadora de los sueños.

En una de estas noches me pareció verme trasladado á uno de esos amenos jardines del Oriente, que inspiran, como dicen los viajeros, una voluptuosidad encantadora. El leve susurro de los céfiros, que revoloteaban en las ramas verdes de los árboles, acompañaba con armonía suave y flebil el canto de los pajarillos, que con sus arpadas lenguas saludaban al astro alumbrador del mundo, que parecia levantarse de las olas argentadas del mar, engalanando con sus rayos de oro el horizonte. Arroyuelos plácidos y cristalinos cruzaban con sus aguas limpias y transparentes el suelo alfombrado de flores, cuyos esfluvios oloresos embalsamaban los aires; y ese nuevo Eden parecia la mansion de aquellos dioses campestres, que nos pintan con gran viveza de colores los antiguos vates de Grecia y Roma. En un rincón de ese jardín vi recostada sobre un asiento de blanco mármol, entre rosales y jazmines, á una muger de formas muy esbeltas. Su rubia cabellera ondeaba ligeramente sobre sus hombros, agitada por el viento, y su actitud lánguida y suave tenia algo de divino. Sus ojos entornados y su respiracion plácida daban á entender que estaba próxima á entregarse á un sueño inocente y puro. Apoyaba sobre su seno la cabeza un hermoso niño, y ella le acariciaba de vez en cuando con sus manos delicadas. Este espectáculo, no menos nuevo que halagüeño, atrajo mi atencion, y me arrojé en un éxtasis celestial. En tanto aquella muger, abriendo casi con pena los ojos, me dirigió una mirada lánguida, y me hizo seña con la mano para que me acercara. La juzgué una divinidad, y obedeciendo á su

mandato, fui á postrarme á sus pies para manifestarla mi profundo respeto. Pero ella me dijo: «Levántate y contesta á lo que te pregunte: ¿quién te ha conducido á este delicioso jardín del alcázar que yo habito?» Respondí lleno de confusión: «Diosa ó mortal, quien quiera que tú seas, no puedo satisfacer tu curiosidad porque lo ignoro, y te suplico me digas á tu vez en donde estoy, y quien eres tú.» Una ligera sonrisa desfloró sus labios de coral, y me dijo: «Este parage invisible y oculto á todos los mortales ocupa una parte de la vega deliciosa de Córdoba, que fué metrópoli de toda la España, cuando los árabes erigieron en esta Península un nuevo califato, la memoria de cuya grandeza y lustre se conserva todavía en las páginas de las crónicas antiguas. Soy una de aquellas hurís, que figuran en el Corán de Mahoma como otras tantas divinidades del paraíso: soy inmortal, siempre jóven, y mi profeta, que me ha designado el régio alcázar en que habito, y este jardín, me quiere mas que á las otras hurís, porque soy la diosa Pereza: este niño, prenda querida de mi corazón, es el Ocio.» Sus palabras lánguidas inspiraban amor á la paz y al reposo; pero la dije, que todos los sábios califican á la pereza de pecado, y como uno de los vicios capitales, que ponen obstáculos al progreso y á la perfección del hombre. «¡Progreso! ¡Perfección!» Me contestó con acento muy significativo: «Estas palabras, que han agitado los espíritus desde tiempos inmemoriales, han sumido á la humanidad en un piélago de desventuras. Mis queridos musulmanes perdieron la España por haberse dedicado á las artes industriales, á la literatura, á la filosofía, y últimamente á los furiosos de la guerra. Si se hubiesen contentado con pasar la vida en sus hogares domésticos, fumando en sus largas pipas tabaco y ópio, serian todavía dueños de la España. Pero dime ¿eres tú español? tu acento me parece que tiene algo de extranjero. «Hurí divina, la contesté, he nacido en otra tierra, soy italiano.—¡Ah, italiano! ¿Y practicas aquel refrán de tu país: *il dolce far niente*?—No: obligado á elucubraciones muy serias, me levanto al romper el alba.—¡¡Alá, Alá!!!... ¡al romper el alba! y tomas á esas horas el chocolate?—No tengo esa costumbre.—Veo que no has nacido para aclimatarte en España. Yo soy enemiga del trabajo y prefiero la paz y el reposo á todos los placeres del mundo, persuadida de que en esto únicamente reside la verdadera felicidad, y creo que el mundo, agitado por todos esos charlatanes, que gritan *progreso*, no necesita mas que la obra de un varón ilustre que ponga en evidencia los graves perjuicios que ha acarreado al cuerpo humanitario esa fuerza de actividad, en cuyo abono se han publicado con avilantez millares de volúmenes. El sábio, que lleve á cabo una tarea tan útil, merecerá ser divinizado; y tú, que te precias de laborioso, escribe sobre este argumento, y alaba á mi divinidad y al reposo, mi único atributo. Si cumples mis deseos, los venideros bendecirán tu memoria, y serás para mí el predilecto de los mortales.» Quería decir mas la hurí, pero el estrépito de una copiosa lluvia me despertó, y desapareció con el sueño toda la vision. Sin embargo, las últimas palabras de aquella muger divina me quedaron estampadas en la mente, y conociendo que su consejo podía ser beneficioso para mis semejantes, escribí el artículo que presento á mis lectores.

Si no queremos vagar por los espacios aéreos, entregándonos á hipótesis ridículas é infundadas, debemos atener-

nos á la Sagrada Escritura, que nos señala el principio de todas las cosas y del hombre. Salido este ser noble de las manos del Todopoderoso, inocente y sin culpa, estuvo destinado á vivir en la paz pastoril: la tierra le ofrecía espontáneamente sus esquisitas frutas; los ríos el agua mas limpia y cristalina, y su fiel compañera engalanaba su existencia; los brutos, que hoy nos infunden espanto, eran todos mansos, y corrían á lamer los pies de Adán como plácidas ovejas. Su pecado le hundió en un abismo de calamidades, y desde entonces fué condenado á procurarse el alimento con el sudor de su frente, y á morir para convertirse en aquel polvo, de cuyo seno la Divinidad le habia sacado. El trabajo, pues, no es propio de nuestra naturaleza, sino una consecuencia de su depravacion: y si es cierto, como dijo el inmortal Schlegel en su *Filosofía de la historia*, que el hombre debe esforzarse en reconquistar su inocencia primitiva, practicando todas las virtudes, no cabe duda que debe aborrecer el trabajo y abandonarse á la vida contemplativa, que nos separa de las pasiones tumultuosas y de los negocios públicos y privados, que allanan la senda al fraude, al engaño, á la ambición, á la sed de oro, á la astucia, al disimulo, á las guerras y á toda clase de intrigas repugnantes y alevosas. Esta verdad, mas clara que la luz que alumbra el firmamento, hizo que varones santísimos abrazasen la vida solitaria en los desiertos de la antigua Tebaida, en donde vivieron largos años deplorando las miserias que acarrea á los hombres su actividad. De aqui trajeron origen los cenobios, asilo de inocencia y costumbres puras: y los habitantes del Asia, cuna de nuestra raza, aunque cayeron para su desdicha, andando el tiempo, en todos los horrores de la idolatría mas grosera, han conservado hasta hoy las tradiciones patriarcales de una vida toda contemplativa y agena del trabajo. En la India los mas virtuosos entre los brahmanes viven en las pagodas, templos dedicados al Ser Supremo, simbolizado en la persona de Brahma, ó viven en la soledad de los campos, recreándose con el espectáculo magestuoso que se les despliega á la vista. Las tradiciones, aunque desfiguradas, de la vida inocente de nuestros progenitores, que pasaban los días y los años en el seno de la paz y del reposo ¿no han llegado hasta nosotros con el nombre seductor de siglo de oro?

El hombre, que vive en estos tiempos corrompidos, se despierta lleno de agitacion por los muchos cuidados que afligen su espíritu; piensa en el cúmulo de sus negocios, y medita de que modo puede mejorar su fortuna para dar rienda suelta á las necesidades ficticias que se ha creado; á esas necesidades, que le separan de la vida sencilla é inocente con que nos brinda la naturaleza, y le arrojan á otra turbulenta, que lisonjea sus apetitos desenfrenados, y le lleva á desear banquetes suntuosos, magníficos muebles, coches y caballos. Pero cuesta mucho á ese hombre la adquisicion de placeres tan fútiles, y se ve obligado á soportar, para lograrlos, trabajos ímprobos que acibáran su existencia y la abrevian. El perezoso se contenta con pasar gran parte del día recostado en su lecho ó en un asiento cómodo y blando; desprecia el lujo y los festines; un ropage muy sencillo, que pueda defenderle de las intemperies atmosféricas le satisface; no malgasta su tiempo en el tocador; el reposo le prolonga la vida; su retiro le exime de todos los compromisos; no le acosan cuidados